

¿Cómo está tu corazón?

Estaba caminando por una calle cualquiera, enfrascado en mis pensamientos, y no me di cuenta de que una mujer pasaba a mi lado. Es un hecho frecuente que ni siquiera miremos a los que caminan por la misma acera. Aquel día fue diferente y levanté la vista cuando oí que ella le decía a otra persona: “¿Cómo está tu corazón?”

Pensé que preguntaba a alguien por su salud. Siempre pensamos demasiado sobre lo que vemos, oímos o decimos. Hemos olvidado sentir.

El paisaje que me rodeaba era diferente. Todo hablaba de otra forma. Las cosas se pintaban de colores inusuales. La música de las marimbas envolvía la ciudad. Un ejército de indios tzoltziles, tzeltales o lacandones merodeaba vendiendo artesanía, frutas esculpidas como flores o trajes de colores delirantes. Los olores, los colores y los sonidos me embriagaban. Estaba en otra realidad. La fuerza de la tierra invadía mi cuerpo. La magia de una ciudad tomada por los sueños se hizo cargo de mí. San Cristóbal de las Casas parece parado en el tiempo o que está en un lugar que levita, que se rige por otras leyes.

Levantada sobre cimientos mayas y coloniales se revuelve en un eterno sueño de delirios y deseos de libertad, de derecho a soñar su propio sueño, de alegría y aceptación de la tristeza a un tiempo. De sufrimiento y hedonismo.

Más en otros lares hemos olvidado sufrir y vivir. Hemos adormecido las emociones. Sólo las usamos cuando nuestra educación controlada por el raciocinio nos lo permite. Jamás nos preguntamos cómo está nuestro corazón y, mucho menos, cómo está el de la gente que nos rodea.

La mujer que preguntó a mi lado por el corazón al transeúnte que pasó a su lado, era tzoltzil y esa es la manera de saludarse entre los miembros de su comunidad. ¿Hay algo más humano y más hermoso que preocuparnos por el corazón de los que encontramos en nuestro camino?

¿No será que hemos olvidado que en las palabras se encierran muchas cosas? ¿No se habrá perdido el deseo de comunicarnos?

Si abrimos los ojos que llevamos dentro veremos con más claridad. Viajamos por la vida apremiados por una sociedad gobernada por el deseo de destrucción. La tierra se deteriora y no tenemos capacidad para pararnos ante ella y pensar qué rumbo debemos seguir. Los políticos experimentan nuevos insultos y carreras apasionantes hacia el poder como si se tratara de un gran circo en el que los espectadores coreamos su carrera. Y lo humano ¿dónde queda?

¿No seremos capaces de volver a crear un mundo de utopías?

Es hora de volver a creer en la quimera, de soñar, de dejar que la imaginación gobierne en nuestras vidas. Es la hora para que el arte vuelva a comprometerse con el mundo, con lo humano. El sentido de las cosas y el rumbo de la vida, su pulso diario lo encontraremos en el pulso del artista y en el corazón de los que se emocionan ante sus productos.

Aún hay un rincón para la utopía.

Pero sólo quiero preguntarte, querido lector o lectora: ¿Cómo está tu corazón?

Chiapas abril 2010